

RELACIÓN EXISTENTE ENTRE CARISMA Y PEDAGOGÍA*

Me ha tocado en suerte iniciar las charlas de este Congreso de la Pedagogía Amigoniana, que se celebra con ocasión de su I Centenario de vida, con el tema titulado: *Relación existente entre Carisma y Pedagogía*. Y me parece oportuno, antes de entrar en materia, dedicar unas líneas a lo que los escolásticos llamaban “*explicatio terminorum*” y que yo prefiero considerar una simple “ambientación previa”.

El término *carisma* –aplicado al ámbito concreto de una familia religiosa– significa en definitiva una “manera concreta y particular de entender y vivir la multiforme, y al mismo tiempo unitaria, vocación cristiana”. Carisma es, en este sentido, la manifestación concreta de una realidad más universal que venimos en llamar *espiritualidad*.

Pero el peligro de la palabra *espiritualidad* está en circunscribir su significado a una sola de las dimensiones que configuran unitariamente su complejidad vital. Está en entender que la espiritualidad se refiere sola y exclusivamente a la esfera de lo trascendente.

La palabra *espiritualidad* –o si se prefiere más en concreto *carisma*–, aunque surge históricamente en sociedades típicamente teocéntricas, no tiene necesariamente connotaciones trascendentes en el lenguaje actual. Ha sufrido también ella los avatares de un *proceso de secularización*, caracterizado fundamentalmente por conferir al hombre el protagonismo que la fe atribuye a Dios. Y así, hoy en día –por poner un claro ejemplo de una ideología típicamente construida al margen de lo trascendente– es posible hablar del *espíritu marxista*.

En su concepción más secular, *espíritu* es, en definitiva la inspiración que marca el concebir y realizar la vida humana. Tras toda *espiritualidad* se

* Conferencia pronunciada en Madrid, España, el 12 de abril de 1991 durante la sesión inaugural del Congreso de la Pedagogía Amigoniana, organizado por el Consejo General de los Terciarios Capuchinos, con ocasión de cumplirse el I Centenario de la presencia de la Congregación en la Escuela “Santa Rita”.

encierra una determinada antropología. En el caso de los creyentes, esta antropología hunde sus raíces en Dios, pero abarca, por su misma naturaleza, el conjunto unitario de la vida humana. No es posible, pues, por ello, crear dualismos inexistentes entre espacios o tiempos sagrados y seculares. Todo el conjunto de la vida diaria –con su variedad de acciones, incluso aquellas más aparentemente seculares– debe ser considerado *espiritual* por el creyente, teniendo presente que todo lo que contribuye a la humanización del hombre es querido por Dios y que “nada que sea verdaderamente humano puede ser ajeno al hombre de fe”.

En la antropología encuentra, pues, la espiritualidad su síntesis y armonía, como también en ella encuentra la pedagogía su razón de ser. La ciencia pedagógica –surgida en cuanto tal como auxiliar de la filosofía– tiene en el hombre su punto referencial. Detrás de todo sistema pedagógico, existe siempre una determinada concepción antropológica. Y es la concepción idealizada del hombre la que marca el camino pedagógico como *alfa y omega* de toda acción educativa. Detrás de toda verdadera pedagogía hay, pues, una ideología de base, una *espiritualidad*, aún entendida ésta, si se quiere, en su sentido más secular.

Espiritualidad –o si se prefiere, carisma– y *pedagogía* no son, por ello, realidades superpuestas, ni tan siquiera meramente complementarias. Son dimensiones de una misma realidad vital. La relación entre el *ser* y el *hacer* de la congregación, entre su ideología vital y su acción apostólica y pedagógica no son fruto de un discurrir conceptual, sino de la espontaneidad y simbiosis propias de la existencia. Las raíces más profundas de la pedagogía amigoniana hay que descubrirlas en el espíritu que anima el “ser de la Congregación”.

En mi exposición recogeré algunos elementos que configuran la relación existencial entre espiritualidad y pedagogía amigonianas, distribuyéndolos metodológicamente alrededor de estos cuatro apartados:

- Ideal antropológico.
- Principios inspiracionales.
- El educador amigoniano.
- Ambiente educativo.

Ideal antropológico

En el trasfondo de toda la relación existente entre espiritualidad y pedagogía, entre el ser y hacer, se encuentra una determinada visión antropológica. La concepción que se tiene y vive sobre el hombre marca el

crecimiento mismo de una sociedad y ofrece los parámetros fundamentales para su actuación.

La pedagogía amigoniana –surgida en un ambiente religioso– participa plenamente de la visión antropológica cristiana, que presenta al hombre como ser *referencial y relacional*. El hombre –según esta visión– descubre su verdadera identidad humana en la medida que se encuentra con Dios –“a cuya imagen y semejanza fue creado”– y en la medida que se relaciona con los demás, rompiendo las barreras egoístas de su “yo”. Es en el amor, en la apertura al “otro” y en la relación sincera y leal con él, donde el hombre se realiza como tal y experimenta una profunda felicidad. El pensamiento de San Agustín: “Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”, completado con aquel otro en el que expresa que: “el amor es la vida del corazón”¹, es decir, lo que da sentido a la vida humana, constituye en buena síntesis de la antropología cristiana.

La conversión, camino pedagógico

Sin embargo, el pensamiento cristiano es también consciente de que este ideal antropológico –ese natural proceso de humanización mediante la apertura amorosa– fue dañado originariamente por un pecado –por un ansia no contenida de autoadoración y de prepotencia– que ha dejado en todo hombre una fuerte tendencia a encerrarse en sí mismo y a pretender que todo gire a su alrededor. Y es ésta la razón por la que todo intento pedagógico cristiano de humanización pasa necesariamente por el camino de la conversión. La pedagogía cristiana se orienta, en definitiva, a favorecer la transformación del “hombre viejo” –del hombre encerrado en sí mismo– en un “hombre nuevo” que, a imagen de Cristo, sepa descubrir en la entrega y apertura a los demás, un sentido gratificante a su propia existencia. En este camino pedagógico de conversión, se exaltan como valores fundamentales las actitudes de *entrega*, de *servicio* y de *solidaridad*, que expresan desde perspectivas complementarias el núcleo fundamental del mensaje evangélico; favorecen el desarrollo de la persona como un “ser para los demás”, y se contraponen a las actitudes de *posesión*, *dominio* y *acaparamiento*, que distinguen el ser y actuar del hombre encerrado en sí mismo.

¹ SAN AGUSTIN, *Confesiones* 1.1 en *Patrología latina* 32,661 y *Confesiones* 13,9, *ibidem* 32,848-849.

Desde esa perspectiva, toda acción educativa que favorezca la transformación del hombre desde una actitud egoísta a una actitud altruista puede ser considerada válida y eficaz dentro del camino pedagógico de conversión propuesto por el cristianismo; como se puede también afirmar que toda acción que provoque en el educando actitudes y sentimientos de egoísmo, disimulo, insensibilidad o insolidaridad social... son rechazables, aun cuando se pretendan disfrazar con la aureola de lo sagrado.

La ascesis de la conversión

Llegados a este punto, conviene notar, sin embargo, que el camino de la conversión no es un camino que se pueda recorrer, por regla general, de golpe, en una sola etapa. Por su misma naturaleza por dirigirse a la libertad y voluntad humana, necesita de tiempo. De aquí que la tradicional ascética cristiana ha distinguido siempre en la conversión una dinámica gradual y progresiva, enmarcada en dos grandes dimensiones:

La reflexión como autoconciencia.

El enfrentamiento de la realidad y la consecuente superación hacia el ideal.

La reflexión como autoconciencia

La regeneración moral no es algo externo, meramente conductual, que se pueda lograr con la repetición de lo que pudiéramos llamar “actos positivos”. Toda acción moral, para poder ser considerada tal, debe surgir como respuesta de la libertad humana. Sólo cuando la persona toma conciencia de su estado, valora críticamente su presente, añora una nueva realidad y se decide a romper las cadenas que le atan y a emprender como protagonista –en primera persona– el camino de su humanización, se inicia la verdadera andadura de la conversión.

La reflexión –situada fundamentalmente por la ascética clásica como paso previo para iniciar la conversión– es, por su misma naturaleza, un abstracto permanente en todo su proceso, pues constituye el ámbito que posibilita que la persona –entrando dentro de sí– pueda optar libremente durante todo ese caminar y ser el verdadero artífice de su propia historia.

El enfrentamiento de la realidad y la consecuente superación hacia el ideal

A partir de la reflexión –de la toma de conciencia que el hombre hace de su realidad–, la ascesis cristiana le propone enfrentar críticamente esa misma realidad e iniciar con coraje y esperanza un camino de superación

hacia el ideal humano. Y es en ese momento en el que la ascética explícita con toda claridad la gradualidad y progresividad de la dinámica de la conversión, distinguiendo en él tres etapas:

- La primera –llamada *purgativa*– tiene como objetivo la enmienda de los defectos.
- La segunda –conocida como *iluminativa*– se centra en el cultivo de las virtudes.
- La tercera –denominada *unitiva*– se encamina a la consolidación de la buena conducta.

Sin entrar ahora en consideraciones críticas sobre esta división en etapas –aplicables, por otra parte, a todos aquellos sistemas pedagógicos que se deciden a distinguir metodológicamente lo que es *unitario* en el conjunto armónico de la personalidad humana– conviene señalar que la distinción –metodológica y pedagógica de la ascesis cristiana– se inspira en una consistente y no despreciable experiencia antropológica y moral.

La conversión como moralización

La pedagogía amigoniana –surgida, como se ha dejado ya señalado al inicio, en un contexto religioso de vida– asimila plenamente los principios pedagógicos que informan la fe cristiana y se inspira abiertamente en la metodología pedagógica de su ascesis. Como puntos más explícitos de esta asimilación e inspiración se pueden señalar: *la orientación del sistema amigoniano hacia la conversión y la concepción de la recuperación del joven como un camino gradual y progresivo*. El sistema amigoniano no se encamina a robotizar comportamientos, sino a suscitar –en línea de continuidad con lo que implica la conversión– un *cambio* en la personalidad del joven desde una llamada “gradual y progresiva” a su libertad y responsabilidad. En cuanto a la gradualidad y progresividad, no se puede afirmar ciertamente que sean una mera traspolación al terreno pedagógico de la metodología clásica de la ascética cristiana. En su etapa de elaboración científica, el método amigoniano ha recibido fuertes influencias de otras corrientes pedagógicas –especialmente de las existentes en el centro y en el norte de Europa– que estructuraban también en diversas y progresivas etapas la recuperación del desadaptado. Pero conviene resaltar al respecto, que la primera formulación de dicha gradualidad y progresividad la explicita el padre Luis Amigó casi contemporáneamente a la edición del Primer Reglamento de la Escuela de Santa Rita, y los términos que usa para expresar las diversas etapas

–*Catecúmenos, Perseverantes y Adoradores*²– están más claramente en línea del lenguaje propio de la ascética, que del lenguaje científico de la pedagogía.

Sin embargo, la original inspiración cristiana de la pedagogía amigoniana está, como es natural, impregnada del ropaje cultural y religioso de la época. Y esta influencia se deja sentir en la forma misma de entender y expresar el concepto de *conversión*. En la primera tradición amigoniana se suele emplear como sinónimo de *camino de conversión*, el término *moralización*, que implica:

- Por una parte, la convicción de que una transmisión explícita de la fe y su aceptación *libre* y viva por parte del alumno es el medio más eficaz para conseguir su regeneración.
- Y por otra parte, la creencia de que la *moral* cristiana es un camino irrenunciable para que el educando pueda encontrar su verdadero equilibrio personal y social, su realización como “hombre nuevo”.

La conversión en un mundo secularizado

Hoy en día, aún reconociendo y reafirmando la convicción de que la fe –transmitida con la palabra y con el ejemplo de vida, y aceptada vitalmente con libertad– es un excelente medio para favorecer el cambio de la persona y de la sociedad, necesitamos adaptar los contenidos esenciales de la pedagogía cristiana –y, en nuestro caso concreto “amigoniana”– a la realidad política, social, religiosa y cultural del hombre actual.

En esta adaptación, juzgo que son imprescindibles, como punto de partida, estos dos criterios:

- La aceptación de la sociedad actual como una sociedad no confesional, sino pluralista, con la que hay que colaborar con criterios de respeto y diálogo, como enseña el Vaticano II.
- La transmisión de los valores antropológicos que caracterizan el humanismo cristiano y que se ordenan a la formación integral del hombre y de la sociedad sin que necesariamente haya que hacer un recurso explícito a los medios propios de la transmisión de la fe.

No obstante, reconozco que esta necesaria tarea de adaptación –aunque apasionante– es árdua y difícil, y supone en su base un análisis sociológico,

² AMIGO, L., *11ª Ordenación de la Visita Canónica a Escuela de Sta. Rita* en 1892, en *Obras Completas*, nº 2049.

cultural y religioso e incluso político de cada realidad concreta. Sin pretender, pues, afrontar un problema que, por su envergadura, sobrepasa los límites de esta charla, me limitaré a ofrecer al respecto algunos puntos de reflexión:

A.- Conviene distinguir claramente entre *civilización cristiana* y *cristianidad*. El primer concepto indica una promoción humana y social, inspirada en una concepción cristiana de la vida, que no es exclusiva, por otra parte, de quienes han recibido el don de la fe. El segundo concepto, por el contrario, expresa más bien el ámbito de una sociedad humana regida en todos sus órdenes por las reglas morales concretas de la religión cristiana. El término *cristiandad* –muy cercano al de confesionalidad estatal– está, gracias a Dios, superado. Y esto tiene sus repercusiones también en una pedagogía que, como la amigoniana, tiene tintes de *misionera* y no se desarrolla generalmente en centros confesionales o entre personas que aceptan fácilmente la invitación de la fe. El sistema amigoniano no puede apoyarse hoy, como lo hizo en sus orígenes, en la formación religiosa como elemento indispensable para la recuperación o transformación del joven desadaptado.

B.- Supuesto lo dicho en el punto anterior, la acción pedagógico-amigoniana, tiene que estar, sin embargo, abierta siempre a la transmisión de la fe y sus proyectos educativos tienen que ofrecerla explícitamente a los alumnos con grande respeto y libertad, conscientes de que la fe, aceptada y vivida, favorece extraordinariamente la conversión como “humanización y socialización de la persona”.

C.- La formación del joven como ser “relacional y abierto a los demás” –objetivo permanente y último de la pedagogía amigoniana– debe favorecerse mediante terapias –personales o comunitarias– que desarrollen, entre otros, los valores de aprecio por la vida, de respeto y de libertad, de justicia, de solidaridad social y de paz, que inspiran nuclearmente el humanismo cristiano.

Principios inspiracionales

Desde sus mismas raíces cristianas y desde la concepción antropológica que la orienta, la pedagogía amigoniana está inspirada en principios que marcan profundamente su actuación. De entre ellos, me detendré, en esta charla, en explicitar los tres que, por su incidencia, considero más importantes:

- Esperar siempre en la recuperación del joven.
- Tratarlo con criterios de misericordia.
- Educarlo en un sentido realista de la existencia humana.

Esperar siempre en la recuperación del joven

A pesar de reconocer en el hombre la realidad del pecado, y sin pretender entrar en conflicto científico con las teorías lombrosianas empeñadas en demostrar la predisposición genética de ciertas personas a los desarreglos de personalidad y de comportamiento, el humanismo cristiano –inspirado en la Biblia– espera siempre –y a veces contra toda humana esperanza– en la recuperación del extraviado. Y ha sido justamente esta misma esperanza uno de los distintivos, desde sus orígenes, de la acción pedagógica amigoniana. Textos evangélicos como la parábola del hijo pródigo cuyo padre esperaba confiado su vuelta, y como la resurrección por parte de Jesús de un joven de Naim al que todos daban y lloraban como muerto, han inspirado, desde la conciencia cristiana, la actuación educativa de los amigonianos. No sin intención, la primera revista propiamente pedagógica de esta Congregación, llevaba como título las palabras: “*Adolescens surge*”. El “joven, levántate” –dirigido a todo muchacho, y en particular a los más difíciles– con la profunda convicción de que siempre es posible el cambio, constituye probablemente el lema que mejor sintetiza este principio inspirador de la Pedagogía Amigoniana.

Tratarlo con criterios de misericordia

En la pedagogía que Dios usa –a través de la Biblia– para reconducir al extraviado –bien se trate del pueblo de Israel en cuanto tal, bien de la persona concreta– aparece siempre, como elemento imprescindible de su terapia reeducativa, la dimensión misericordiosa. Esta dimensión, que se hace más cercana y palpable al hombre en la persona de Jesús –que acoge con cariño a los pecadores y come con ellos, y denuncia ante los legistas: *misericordia quiero y no sacrificios*–, es recogida por el humanismo cristiano e informa unánimemente los sistemas educativos que –como el amigoniano– se inspiran en él.

Frente al criterio de la justicia humana que tiende a da a cada uno según sus merecimientos, el criterio de la misericordia impulsa a dar según las necesidades del otro. Frente al criterio unificador de la justicia humana que tiende a equiparar a todos los hombres ante la ley, la misericordia se inclina por aplicar “parámetros” personales. La misericordia supera así la fría justicia, poniendo su atención no tanto en la salvaguarda de la ley y el orden, cuanto en la salvaguarda de la persona concreta, contemplada ésta en el marco irrepitible de su individualidad y circunstancias. La misericor-

dia no afrenta la ley, pero la relativiza y le devuelve ese hábito de sensibilidad humana de la que surgió.

Y si bien es verdad que el criterio personalizante del amor y de la justicia es importante en todos los órdenes de la existencia –no olvidemos que ya los romanos decían: *maximum ius, maxima iniuria*–, su importancia se acentúa al tratarse de personas que sufren desarreglos de personalidad más fuertes y que acusan de un modo más patente los consecuentes desarreglos conductuales. La ciencia pedagógica ha avanzado mucho en la terapia personalizada y ha ido perfeccionando constantemente al respecto las técnicas de tratamiento, pero estas técnicas, por el hecho de dirigirse a la persona, necesitan acompañarse –para ser verdaderamente efectivas– de una profunda sensibilidad humana. La experiencia enseña que, a veces, lo que no consigue la mano técnica, lo consigue la mano amiga.

La misericordia, ese elemento individualizador de la pedagogía cristiana, esa justicia aplicada personalmente, ese *lenguaje al corazón de la persona* –entretejido unas veces de pequeños detalles, otras de silencios acogedores que no hacen preguntas, otras de saber “hacer la vista gorda”, y siempre de compenación– es una de las dimensiones que más han caracterizado, a través de la historia, la Pedagogía Amigoniana. Entre los varios textos que se podrían citar traigo aquí éste del padre Vicente Cabanes: “Tengamos en cuenta que no son las plantas ni las flores sólo, ni son los cuadros ni los pájaros los que hacen una casa de familia acogedora, aunque ayudan mucho; es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas del hijo, que olvida sus andanzas, que recoge sus lágrimas, que cicatriza sus heridas; este espíritu de compenetración es lo que hace acogedora una casa”³.

Educarlo en un sentido realista de la existencia humana

Para el pensamiento cristiano, la realidad de la vida humana es, por su propia naturaleza, dramática. El hombre, creado para amar –para encontrar su plena realización y felicidad en la apertura a los demás– prefirió históricamente el camino de la autoadoración, del encerramiento. A partir de ese momento, la vida humana se convierte en una lucha constante. El hombre siente la necesidad antropológica de amar y ser amado, pero el amor –el encuentro con el otro, como persona y en libertad– sólo es posi-

³ CABANES, V., *Observación psicológica y reeducación de menores*, Vitoria 1940, p. 87.

ble en la medida que uno mismo se pone en camino, renunciando a ser el *centro* de toda acción. La resurrección al mundo del otro supone abandonar –no sin sufrir, el desgarrar del propio yo– los cerrados horizontes de uno mismo. La capacidad de amor queda así, en el humanismo cristiano, unida indisolublemente a la capacidad de enfrentar las renunciaciones y los sufrimientos que éste conlleva, es decir, a la capacidad de enfrentar con gallardía la realidad humana con sus alegrías y tristezas, con sus gozos y angustias, con sus esperanzas y desencantos. Es ésta la razón por la que la pedagogía cristiana tiene, entre uno de sus objetivos primordiales, el de potenciar en el educando su capacidad para afrontar la realidad de la existencia humana, que es cruda, pero, al mismo tiempo, gratificante.

La experiencia pedagógica muestra cómo muchos disturbios conductuales surgen de *actitudes de autodefensa* ante el dolor, el sufrimiento, la renuncia, el esfuerzo. Por otra parte, muchas de las *actitudes de desprecio* hacia todo lo circundante que se aprecian en algunos jóvenes, pudieran encontrar también su raíz en una educación que no les ha ayudado a tomar conciencia –y desde ahí valorizar– lo que cuestan las cosas y, sobre todo, lo que cuesta “*amar y ser amado*”. El Vaticano II dice al respecto: “Con frecuencia, la libertad humana se debilita cuando el hombre cae en extrema necesidad, de la misma manera que se envilece cuando el hombre, satisfecho por una vida demasiado fácil, se encierra como en una dorada soledad. Por el contrario se vigoriza cuando el hombre acepta las inevitables obligaciones de la vida social, toma sobre sí las multiformes exigencias de la convivencia humana y se obliga al servicio de la comunidad en que vive”⁴. No sin intención, la mayoría de las terapias que actualmente se aplican de cara a la superación de traumas personales y de conflictos conductuales tienen como uno de sus puntos referenciales el de provocar que la persona afronte la realidad.

Fortalecer el carácter y personalidad del joven para hacer frente a la vida sin huidas ha sido uno de los objetivos determinantes de la pedagogía amigonia desde sus orígenes. El sistema de vales –encaminado a promover en el joven la conciencia de que en la vida “nada se da de balde, sino que todo cuesta un precio”– ha sido uno de los medios tradicionales empleados para el fortalecimiento de la personalidad.

⁴ *Gaudium et Spes*, n. 31.

El educador amigoniano

Con ser esenciales los aportes que la concepción cristiana de la vida hace –desde su antropología– al sistema amigoniano, su influencia se deja sentir de un modo más patente, si cabe, en la configuración de la persona del educador. Es en esta configuración donde la relación existente entre carisma y pedagogía adquiere, quizá, su mayor fuerza expresiva. La relación vital que se establece –a través de la figura del educador– entre el pensamiento cristiano y la pedagogía amigoniana humaniza a ésta de tal modo, que no puede clasificarse con justicia dentro de algunos de los sistemas pedagógicos existentes, sin hacer las debidas puntualizaciones. En mi exposición intentaré explicitar metodológicamente la inspiración cristiana del educador amigoniano desde estas tres perspectivas:

- Educador por vocación.
- Educador inspirado en el Buen Pastor.
- Educador con talante franciscano.

Educador por vocación

Con la palabra “vocación” sucede algo similar a lo que se ha anotado al inicio de esta charla con el término *espiritualidad*. Surgida también esta palabra en un contexto religioso, pudiera pensarse que su contenido sólo es válido para quienes aceptan de un modo explícito la dimensión trascendente en sus vidas. Sin embargo, el contenido antropológico que se ha querido expresar clásicamente con el término *vocación* trasciende el ámbito de lo religioso y queda recogido en las sociedades pluralistas con distintas expresiones. La *deontología* –o si se prefiere, la *ética profesional*– recoge en esencia la inspiración que tradicionalmente ha animado el “ámbito vocacional”.

La pedagogía –como ciencia humanista que es– necesita, para su adecuada actuación, establecer entre el profesional de la educación y el educando una relación personal. Y esta relación –a la que sin duda contribuye eficazmente la aplicación de las técnicas apropiadas– se favorece también en la medida en que el profesional –adornado con cualidades personales que le permiten establecer una comunicación franca y cordial con el otro– está dispuesto a desarrollarlas con una generosidad capaz de superar las estrictas obligaciones de lo legal.

Nivel inspiracional

Históricamente, la dimensión vocacional del educador amigoniano, se ha inspirado en la parábola bíblica del Buen Pastor, en la que, como trans-

fondo de la acción, aparecen en contraposición dos personajes: el pastor, dispuesto hasta a dar la vida por las ovejas porque las quiere, y el asalariado que *está* con las ovejas, pero su pensamiento y su corazón están en otra parte.

El P. Luis Amigó en un escrito a sus religiosos –que se considera su verdadero *testamento espiritual*– les invita a trabajar entre los jóvenes marginados como *zagales*⁵, como colaboradores del Buen Pastor. Y la tradición viva de la congregación a la luz de esta sugerente figura, ha entendido que dicha colaboración exige por un igual en el ánimo del educador: *generosidad y fortaleza*. Una generosidad –inspirada directamente en la figura del Buen Pastor– que “*da la vida*” libremente, se “*desvive*” para que los otros *ten-gan* vida– por la que el educador sea capaz de convivir generosamente con los alumnos “aun en aquellos días que más molestan”⁶; una generosidad por la que aquél “no repare en horas ni demuestre cansancio de estar con los educandos, sino que les haga la vida en el establecimiento lo más agradable posible”⁷; una generosidad, en fin, que se trasluce en un espíritu de “completa dedicación”. Y junto a la generosidad, la fortaleza de ánimo que se necesita para no huir ante las dificultades, sino para afrontar con gallardía –como señalan ya en 1910 las Constituciones– “las fatigas, fastidios y disgustos que se derivan del específico apostolado”⁸. Las palabras que a continuación transcribo –fruto maduro de la reflexión que hace el que fue gran pedagogo y director de la Escuela de Santa Rita, el padre Domingo de Alboraya– son una buena síntesis de la generosidad y de la fortaleza con que la tradición amigoniana ha definido y actuando la dimensión vocacional del propio trabajo pedagógico: “bastante ejercicio es para el terciario capuchino, la fiel adaptación de su persona, en cuerpo y alma, al espíritu de sacrificio que exige y supone la árdua misión propia del Instituto”⁹.

Educador vocacionado en un mundo profesionalizado

No obstante, lo expresado hasta ahora no debe entrar en conflicto con la realidad que nos ofrece una sociedad profesionalizada.

La justicia social que ha recorrido en este siglo su verdadera andadura, constituye uno de los grandes méritos de nuestra civilización y sus avances

⁵ AMIGO, L., *Carta del 3 de Mayo de 1926*, en *Obras Completas*, n. 1831.

⁶ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1933*, n. 212.

⁷ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1933*, n. 212.

⁸ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 257 f.

⁹ *Manual de 1911*, n. 74.

han aportado nuevos y muy positivos valores a la cultura actual. No se trata, pues, de añorar ahora patrones laborales con interminables horarios de trabajo ya superados, ni se trata tampoco de renunciar a los justos logros sindicales. No sería lógico ni mucho menos, justo.

Opino que actuar hoy la dimensión vocacional en la línea amigoniana implica tan sólo, y no es poco, unir a la adecuada preparación técnica la necesaria disposición y generosidad de ánimo para que el educador no sólo sepa *estar* entre sus educandos sino que sepa *ser*, y ser entre ellos, una persona que les acompañe, les anime y corrija, les escuche y hable; una persona que comparta sus sentimientos y actividades y, sobre todo, una persona que les quiera y se haga querer de ellos. “Durante mis visitas a los centros dependientes del Consejo superior –escribía en *Vida Nueva* Vicente Alejandro Guillamón– encontré educadores terciarios capuchinos *enteramente entregados a su labor* y otros menos capacitados y generosos, como sucede en toda Congregación. Yo sé que en el trabajo de recuperación de los menores se fracasa muchas veces, pero el mero hecho de estar con ellos, de atenderles y tratar de ayudarles, merece todo mi respeto y consideración”¹⁰.

Educador inspirado en el Buen Pastor

Siguiendo el desarrollo del tema inspiracional que se establece entorno a la figura del Buen Pastor, quisiera exponer aquí, aunque sea brevemente, algunas de las características que más han distinguido tradicionalmente la actuación del educador amigoniano:

Conocer a los alumnos

El Buen Pastor llama a cada oveja por su nombre, las conoce *personalmente* y es conocido por ellas. Entramos así en toda la dinámica del conocimiento en la Biblia. Un conocimiento entretejido más de vida que de conceptos; un conocimiento que viene por “vía de corazón”. Sólo relacionándose a nivel personal con el otro, se le conoce en profundidad, porque sólo entonces se comparte el *ser*. “Aprender por experiencia la ciencia del corazón humano”¹¹ –como Luis Amigó indicaba a los primeros religiosos– ha sido una de las máximas del terciario capuchino en su labor educativa. Los mismos estudios psicopedagógicos –que el sistema amigoniano ha apli-

¹⁰ *Vida Nueva*, n.º 1634, p. 39.

¹¹ AMIGO, L., *9 Ordenación de la Visita Canónica a la Casa de Torrente en 1892*, en *Obras Completas*, n. 2047.

cado desde sus inicios para favorecer con la técnica el conocimiento del alumno— han tenido como principal sustento la *observación y la convivencia*.

Educarlos con el ejemplo

El testimonio de vida es —como decía el P. Luis Amigó— “el mejor predicador y su fuerza de persuadir irresistible”¹².

El Buen Pastor se hace camino al andar. Caminando delante de las ovejas, se constituye en camino y modelo de identificación para ellas.

En la tradición pedagógica amigoniana este testimonio ha encontrado su mejor expresión en el *compartir*. El Educador no es un mero espectador o un simple dirigente de la acción educativa, él mismo se compromete en ella participando activamente en las distintas tareas del grupo. El padre Domingo de Alboraya, en la *Memoria* que publica en 1906 sobre la Escuela de Santa Rita, escribe al respecto con palabras desbordantes de llaneza: “los cargos de la Escuela no son meramente directivos y de vigilancia, sino que los religiosos forman parte y muy principal con cuanto se ordena a los alumnos. No dicen al alumno, *haz esto*, sino *hagamos esto*, predicándoles siempre con el ejemplo”, y añade: “el educador come con sus alumnos de la misma olla, con ellos trabaja y con ellos se solaza, participando de sus mismos juegos”¹³.

Preocuparse preferencialmente de los más necesitados

El mensaje cristiano encierra, dentro de su universalidad, una preocupación preferencial y primorosa hacia los más necesitados. Cristo se presenta ante la sociedad del tiempo como aquél que “ha venido a buscar al que está perdido” y a “sanar al que se encuentra enfermo”. Es, en definitiva, la dimensión misericordiosa del evangelio a la que se ha hecho alusión en esta charla.

Luis Amigó, al legar a sus seguidores la preocupación religiosa y social que ha marcado su vida, les invita a que *vayan en pos de la oveja descarriada, sin temor a perecer en los despeñaderos y precipios que tendrán que afrontar*¹⁴.

La tradición amigoniana ha traducido al terreno pedagógico esta preocupación espiritual del fundador, proponiéndose como uno de sus ideales

¹² AMIGO, L., *Obras Completas*, n. 1087.

¹³ AYARROBLA, *La Escuela de Reforma de Sta. Rita*, Madrid 1906, p. 52 y 75.

¹⁴ Cf. AMIGO, L., *Carta del 3 de mayo de 1926*, en *Obras Completas*, n. 1831.

el de despertar en el ánimo del educador la sensibilidad, la creatividad y fortaleza suficientes para saber descubrir, en cada momento, cuáles son los jóvenes más necesitados y sus más perentorias carencias, y para saber ofrecer en cada caso una respuesta eficaz, *haciéndose el encontradizo*¹⁵ –como la misma tradición indica– con quienes tienen más dificultades.

Educador con talante franciscano

También la tradición franciscana ha marcado con su impronta la configuración del educador amigoniano.

Francisco de Asís inicia en la Iglesia un movimiento espiritual que se caracteriza fundamentalmente por un seguimiento radical del mensaje evangélico. Vivir el Evangelio “a la letra y sin glosa” –como le gustaba repetir a Francisco– es el núcleo de toda su espiritualidad.

No obstante, Francisco, en ese seguimiento radical, centra de manera particular la atención en lo que se ha venido en llamar la *minoridad*, es decir, en un descubrir y experimentar que la grandeza y felicidad del hombre no está en dominar al otro como “señor”, sino en *ponerse a disposición* del hermano, como “servidor”. La minoridad franciscana –entretejida de mansedumbre y de paciencia, de sencillez y de llaneza, de acogida y de comprensión, de afabilidad y de alegría– encuentra su más acabado canto en las *bienaventuranzas*, que constituyen, por otra parte, la síntesis más lograda de los valores que conforman el humanismo cristiano.

El núcleo espiritual de la minoridad –asumido desde los inicios en el *ser* de Congregación Amigoniana– se ha reflejado también en la persona el educador y se deja traslucir particularmente en la *amabilidad* con que éste acoge a los alumnos y en la *sencillez* y *afabilidad* con que los trata durante todo el proceso educativo, conviviendo con ellos y compartiendo sus sentimientos y tareas. Los religiosos –enseña la primera tradición pedagógica de los amigonianos– harán en el centro las veces de padres, dispensando a los jóvenes, desde el momento de su ingreso, “cuantas atenciones necesitan no escatimándoles nunca el cariño”¹⁶. El padre Vicente Cabanes añade: “el proceso educativo comienza por una acogida paternal. Si al pisar por primera vez los umbrales del establecimiento, el joven se encuentra con un hombre serio, con rigidez y frialdad pétreas, si las primeras palabras que

¹⁵ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual 1933*, n. 228.

¹⁶ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 252.

oyera fueran de reproche y de ironía, exigentes e investigadoras, ese pobre muchacho podría volverse a casa. El establecimiento sería para él la cárcel, pero no centro educativo”¹⁷. Y el Manual de Pedagogía Amigoniana –publicado en 1985– recogiendo estas enseñanzas, expresa al respecto: “el recibimiento del joven debe ser cordial, sin reticencias ni suspicacias; *comprensivo* del estado en que se encuentra el joven y *respetuoso*, ya que es una persona a quien se recibe”¹⁸. “La convivencia del educador con los alumnos, su presencia afectuosa y asequible sin ser absorbente, ofrece seguridad y cohesión al grupo, ánimo y estímulo al individuo, autoridad y liderazgo al educador; liderazgo no tanto otorgado por el cargo, cuanto por la entrega y disponibilidad”¹⁹.

Ambiente educativo

Y como conclusión de toda esta charla, quisiera ofrecer aunque fuera sólo con ligeras pinceladas, una visión del ambiente educativo que ha rodeado la acción formadora de los amigonianos, con el convencimiento de que dicho ambiente, es, por su propia naturaleza, la síntesis más lograda y la expresión más visible de todo sistema pedagógico.

Uno de los ideales del sistema amigoniano –alcanzado por regla general en gran medida, como manifiestan abundantes testimonios–, ha sido el de crear en el centro educativo ese ambiente familiar, del que generalmente han carecido los jóvenes marginados. Este ambiente familiar, en cuya creación intervienen diversidad de factores –estructurales, ambientales y, por supuesto, formativos– se ve favorecido particularmente por el clima de relación personal que se establece entre sus distintos integrantes.

En la familia natural, la creación de dicho clima de relación personal depende en gran parte de los padres, quienes con una actuación positiva y, al mismo tiempo, respetuosa con la libertad individual de cada miembro, van fomentando –junto con todos los integrantes de la familia– una *convivencia* franca y cordial y un *diálogo* abierto y sincero.

En consonancia con lo anterior, la pedagogía amigoniana ha cuidado ya en sus inicios que los centros –desde su misma estructura material hasta los más pequeños detalles de la marcha educativa cotidiana– respirasen un *aire*

¹⁷ CABANES, V., o.c. p. 24.

¹⁸ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual Pedagógico*, Valencia 1985, n. 18.

¹⁹ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual Pedagógico*, n. 275.

de familiaridad. Pero no cabe duda que esta familiaridad se ha visto favorecida fundamentalmente por la sencillez, afabilidad, participación, cercanía y empatía con que los educadores han sabido tratar a los alumnos, contribuyendo así positiva y eficazmente a fomentar una convivencia espontánea y alegre. Se podría decir, por ello, que, en definitiva, el ambiente familiar que ha caracterizado a la pedagogía amigoniana ha sido favorecido, en gran medida, por las actitudes que, desde el *ser* de la Congregación, han informado la actuación de sus educadores. Y en este mismo sentido, se puede concluir esta charla afirmando que el ambiente familiar constituye la síntesis más expresiva de la simbiosis que se establece en la tradición amigoniana entre *carisma y pedagogía.*